

El “aguante” y las hinchadas argentinas: una relación violenta

Pablo Alabarces, José Garriga Zucal y María Verónica Moreira
(CONICET-UBA-IDES-IDAES, Argentina)

Resumo:

Este trabajo analiza los significados que los integrantes de las hinchadas de fútbol argentinas dan a las acciones violentas, a través de la categoría de *aguante*. Estas son parte de una forma de ser que los define y los distingue, y constituye un complejo sistema de honor y prestigio que valora positivamente la valentía, el coraje, la bravura y el arrojo en un enfrentamiento físico. Desde una mirada simplista y estigmatizadora, como la de los medios de comunicación y el sentido común, estos actores y sus prácticas son concebidos simplemente como “violentos”, ya que ejecutan y dan valor positivo a distintas acciones que están ubicadas fuera de los límites de lo aceptable. Sin embargo, y paradójicamente, existen definiciones morales nativas que delimitan lo permitido y lo prohibido, lo justo y lo injusto en un acontecimiento violento. Descubrir y analizar estos límites nos permite estudiar la constitución de un espacio social donde estas prácticas son aceptadas y, también, analizar las relaciones con actores que ubicados por fuera de ese espacio se vinculan con los integrantes de la hinchada y, por ende, “negocian” con su código moral.

Palavras chave: fútbol-violencia-aguante-hinchadas

Abstract:

This work analyzes the meanings given to violent actions by the members of Argentine football fans groups (*hinchada*) through the category of *aguante*. These are part of a “way of being” that both defines and distinguishes them, and constitutes a complex system of honour and prestige that valorates positively the courage, the bravery and the surrendering in a physical confrontation. From a simplistic and stigmatizing analysis, like the one of the media and the common sense, these actors and their practices are conceived as “violent” because they execute and give a positive value to different actions that are beyond the “acceptable”. However, and paradoxically, there are moral principles that define what is allowed and what is forgiven, the fair and the unfair in a violent act. Discovering and analyzing these limits allows us to study the constitution of a social space where these practices are accepted, and also to analyze the relationships with another actors that are beyond that space but are related with the members of the *hinchada*; that means they also “negotiate” their moral code with the actors outside their boundaries.

Keywords: football-violence-*aguante*-supporters

Introducción

Toda acción violenta, y en particular la violencia protagonizada en el ámbito del fútbol, es concebida comúnmente como una señal de irracionalidad, barbarie y salvajismo desde el sentido común hegemónico. Cuando estos hechos aparecen en los medios de comunicación, sus actores son observados y descriptos como “salvajes”, “bárbaros” o como “los inadaptados de siempre”. Por otra parte, los funcionarios públicos encargados de prevenir estos episodios entienden el fenómeno como el resultado excepcional de la acción de un pequeño grupo de “locos”. Este ejercicio de señalar a la violencia y a sus practicantes como elementos anómalos al espectáculo futbolístico genera una doble representación de la violencia y de sus actores. Por un lado, individualiza como “violentos” a un pequeño y exclusivo grupo de sujetos, centralizando la mirada sobre una sola manifestación de la violencia y obviando otras. Por el otro, establece una concepción de los sujetos practicantes de acciones violentas como “irracionales”.

El propósito del trabajo es analizar los sentidos de las prácticas violentas de los hinchas fanáticos organizados en lo que se denomina nativamente “la barra”, “la hinchada” o “la banda”¹. Este grupo constituye una comunidad de pertenencia que se define por la posesión del “aguante” (Alabarces 2004, Garriga y Moreira 2006, Garriga 2005). El aguante es una categoría polisémica que conjuga diferentes significados y provoca distancias y distinciones entre los espectadores. En particular, para las hinchadas, el aguante funciona como un sistema de honra y prestigio (Alabarces 2004, Moreira 2005, Garriga 2005) vinculado indefectiblemente a los enfrentamientos físicos. Los participantes que afrontan el desafío de la lucha corporal demostrando bravura, valentía y coraje son reconocidos y respetados por sus pares como hinchas aguantadores. Así, la hinchada es el colectivo que congrega a los que tienen aguante, a los aguantadores o “picantes”. Para estos hinchas, las acciones violentas, lejos de ser rechazadas y penalizadas, son acciones legítimas, deseadas y buscadas que funcionan como signos de reconocimiento y distinción, hacia dentro y fuera del grupo de

¹ Las comillas serán utilizadas para destacar los términos significativos desde el punto de vista nativo. Una vez presentada la categoría, no se volverá a entrecomillar y será utilizada en el sentido explicitado.

pertenencia, en la definición de los estatus internos y en relación con las posiciones que ocupan el resto de los espectadores del mismo equipo.

Para analizar adecuadamente esta categoría, y discutir sus significados e implicancias sociales en la sociedad argentina (no sólo en el “campo deportivo”), hemos analizado los datos producidos en las investigaciones etnográficas realizadas en clubes de fútbol que militan en distintas categorías de los torneos organizados por la Asociación de Fútbol Argentino. Asimismo, recurrimos a los resultados de los análisis producidos por nuestro equipo de investigación que problematiza temas vinculados a la constitución de las identidades de los sectores populares².

De barras e hinchas militantes

Es parte del cotidiano de los espectadores –los más fanatizados– dedicar tiempo a la planificación de los aspectos festivos del partido, lo que ellos denominan “la fiesta de la popular”. “Ponerle color” a la tribuna implica exhibir los elementos del ritual: globos, banderas, cintas con los colores del club. Los hinchas inscriben en sus banderas, o “trapos”, el nombre del barrio de pertenencia o frases alegóricas de ese sentimiento incondicional (“todas las rutas me llevan a vos”, “amor, pasión, locura”). Caracteriza a estos hinchas el empeño en la organización de las tareas vinculadas al festejo y al traslado a otras ciudades cuando el equipo es visitante y, además, el interés que demuestran en la realización de trabajos de mantenimiento del estadio y de la sede social, en la programación y planificación de celebraciones conmemorativas (aniversarios del club, día del hincha, conquista de un título). Por la asistencia regular e incondicional a los partidos de fútbol, tanto de local como de visitante, y por la perseverancia en el aliento, llamamos a estos espectadores hinchas militantes (Archetti 1985). En determinados clubes, éstos logran reconocimiento institucional con la creación de la “subcomisión del hincha”, que funciona como un espacio de discusión exclusivamente dedicado a los simpatizantes del club, en el que se organizan rifas de camisetas e indumentaria deportiva de los jugadores para generar recursos y costear las entradas y los viajes cuando el equipo juega de visitante, y adquirir los objetos

² Debemos agradecer el diálogo constante con Christian Dodaro, Mariana Conde, Daniel Salerno, Malvina Silba, Carolina Spataro, Carlos Juárez Aldazábal, Javier Palma, Valeria Añón, Mariana Galvani, Mauro Vázquez y María Graciela Rodríguez.

vinculados al combate simbólico contra los adversarios. Por las facilidades que obtienen al ingresar al estadio local y por el compromiso que sienten hacia el club, estos hinchas generalmente son socios de la institución³.

Los espectadores que integran la barra o hinchada también se reconocen como hinchas fanáticos, asisten regularmente al espectáculo deportivo y alientan al equipo en los estadios, participan y colaboran en la organización de ciertas celebraciones de la institución, y prestan ayuda para la realización de tareas de mantenimiento. Sin embargo, a diferencia de sus compañeros de tribuna, no se afilian al club. La gente de la barra recibe de los dirigentes entradas gratis para los partidos de local y dinero para financiar el ingreso y los viajes a los estadios visitantes⁴. La barra es central en la fiesta de la popular. Sus integrantes llevan decenas de banderas y usan bombos para acompañar los cánticos que ellos mismos dirigen desde el centro de la tribuna. Así, participan junto a los hinchas militantes del aliento al equipo y de los cantos, cargados de metáforas e imágenes de guerra, conquista y sometimiento sexual, destinados a la hinchada rival. Este duelo verbal que se juega desde las tribunas tiene un correlato directo con las luchas que se originan fuera de los estadios entre las barras enfrentadas.

En el marco de la rivalidad y enemistad que signa las relaciones en el campo del fútbol, son parte del cotidiano las peleas entre hinchas adversarios que se cruzan casualmente en el espacio público durante las jornadas de partido. Estos son choques que se producen accidentalmente y que se diferencian de las peleas desatadas por las barras porque no son peleas buscadas. Precisamente, los “combates” –forma en que se denominan los enfrentamientos– de las barras son instancias deseadas y buscadas para probar la posesión de la virtud que distingue a sus integrantes: el aguante.

Aguantes

³ Los clubes de fútbol son asociaciones civiles administradas y representadas por los dirigentes que nacen del sector de socios. Estas instituciones cobran una cuota mensual accesible que les permite mantener un cuerpo estable y numeroso de afiliados. Estos adquieren, además de ingresar gratis al sector popular del estadio, el derecho de participar de las actividades que ofrecen las instituciones.

⁴ Según los relatos de los actores, las barras comenzaron siendo grupos de hinchas fanáticos que necesitaban dinero de los dirigentes para costear los viajes a los estadios visitantes. Hoy, las barras de los clubes más importantes de Argentina participan del negocio del fútbol y de otros espacios de poder. Estos grupos responden al liderazgo de un selecto sector de hombres, “los jefes”, que son los que tienen acceso a la red de influencias de los dirigentes deportivos y de los representantes de la política nacional, provincial, local y sindical a la que están estrechamente vinculados. Es parte de nuestra investigación estudiar en profundidad estas relaciones.

Etimológicamente, “aguantar” remite a ser soporte, a apoyar, a ser solidario. En la cultura del fútbol, la categoría se carga de múltiples significados, que todos conducen a la puesta en acción del cuerpo.

Se puede “poner el cuerpo” de muchas maneras: alentando incesantemente al equipo, yendo a la cancha de local y visitante, soportando las incomodidades de los estadios y los viajes, resistiendo la lluvia, el calor, el frío. Este tipo de aguante es el que reclaman para sí los hinchas militantes. Un aguante que se confirma día a día en los sacrificios que estos hinchas realizan en nombre del club cuando tienen que recorrer extensas distancias geográficas para “alentar al equipo aunque no se juegue nada” y “sea un partido en la Antártida”; cuando alientan al equipo más allá de los resultados porque el hincha con aguante es el que sigue y apoya al equipo sin importar si éste gana, pierde o empatiza; cuando postergan y abandonan compromisos personales y soportan en la tribuna las inclemencias del clima. Parece que existe una regla para el hincha militante: “el aguante” es mayor ante la mayor dificultad atravesada por él y el equipo. Decenas de cánticos ponen de manifiesto estos aspectos de un aguante basado en la fidelidad y el fervor: “te vamos a seguir, a donde quieras ir”, “ganes o pierdas te sigo igual, un sentimiento inexplicable, que se lleva adentro, no puedo parar”, “muchas veces nos bancamos la lluvia, los palos de la yuta⁵ y todo eso por vos”.

El sentido dominante del aguante para los miembros de la barra es el de la violencia física. El aguante articula el universo de la práctica y la moralidad⁶; es una categoría práctico-moral en tanto define en el mundo de las acciones –en este caso el de los enfrentamientos violentos– un universo de lo permitido y lo prohibido, lo aceptado y lo inaceptable. La posibilidad del aguante de edificar un sistema de valores, un marco de percepción del mundo –un sistema moral, restringido al contexto del fútbol– está sustentada en las prácticas de lucha, en los enfrentamientos corporales. En suma, la identidad construida en el aguante está solidificada en las experiencias físicas; es una identidad práctica que organiza un discurso de la distinción, una moral distinta y distintiva.

⁵ “Yuta” es un término extendido en el lenguaje popular, proveniente del lunfardo, que denomina a la policía.

⁶ Debemos mencionar que dicho término no es de uso exclusivo del ambiente del fútbol y que aparece en otros ambientes –la vida roquera, sindical, política, etc.– con distintas acepciones.

Según los protagonistas, “aguantártela es no correr cuando se arman los combates, pararte...”. En este contexto, “pararse”, “plantarse”, “no correr” son formas nativas de referirse a la actitud loable del luchador que afronta el peligro cuando se “pudre”, cuando las barras enemigas se encuentran, generalmente fuera de los estadios, en las calles, estaciones de tren y autopistas. Cuando se pudre, los protagonistas se paran o “plantan” para dar rienda suelta a la contienda corporal contra los adversarios. Esto implica exhibir el saber de las técnicas corporales de lucha (golpes, patadas, cabezazos, piñas) y manejar complementaria y exitosamente los instrumentos de la contienda (piedras, botellas rotas, pedazos de manera, cuchillos y armas de fuego).

Ahora bien, los hinchas dicen: “muchos saben pelear pero aguantársela es distinto”. Este comentario expresa que el aguante se define no sólo en el despliegue de las habilidades y las técnicas corporales de lucha sino también en la capacidad de soportar el dolor sentido por los golpes y los daños producidos en el cuerpo. En los combates, los hinchas buscan acertar los golpes y producir heridas en los cuerpos de los contrincantes; los luchadores tienen que saber dar pero también saber recibir y resistir.

La tolerancia al dolor hace de los sujetos valerosos luchadores que no se amedrentan ante situaciones dispares en cuanto al número y a la fuerza de los contrincantes. “Aguantar es pararse siempre, en desventaja, quedarse y poner el pecho”. Es decir, “poner el cuerpo”, independientemente del resultado de la lucha (tener más o menos muertos y/o heridos, de haber perdido o adquirido “trapos” de los otros o “trofeos de guerra”). Si los resultados arrojaron un saldo desfavorable, los hinchas que “pusieron el pecho”, que afrontaron la lucha con coraje, confirman la posesión de la virtud que los distingue. Ignoran el desenlace de los combates y más allá de los riesgos se paran para pelear. Aquí también se forma una regla análoga a la de los hinchas militantes: mayor es el aguante ante la mayor dificultad enfrentada en las peleas, sea por el número o la fuerza de los oponentes.

Por otra parte, para los hinchas “tener aguante es mostrarle al otro que tenés huevo”, es mostrarle que “sos macho, que te la bancás”. “Macho” es el que demuestra bravura y valentía en un combate, el que se “la aguanta”. Por el contrario, el que huye del campo de batalla rechazando el encuentro cuerpo a cuerpo, el que teme el “mano a mano”, el que no tiene aguante es definido como “puto”. El hombre se caracteriza por tener ciertos atributos: “huevos”, fuerza física, valentía, coraje. Los putos, los no machos, se

caracterizan por la carencia de estas cualidades (Archetti 1985 y 2003). Comúnmente en Argentina se designa como puto al homosexual. Puto es un insulto que señala, en forma despectiva y denigrante, las formas válidas o inválidas de relacionarse sexualmente según buena parte de la sociedad argentina⁷. Igualmente, las concepciones de los hinchas son mucho más complejas. Señalar como puto al que no tiene aguante no remite a su sexualidad sino a su comportamiento social según los parámetros grupales. Ser puto no está relacionado directamente con la homosexualidad sino con el poder, con la dominación. Los hinchas expresan esta distinción, entre acto homosexual y gesto de poder, en dos planos distintos, en las prácticas y en los discursos. En torno a las prácticas, dicen que los rivales denominados “putos”, al ser derrotados, no son homosexuales sino que no saben aguantar. En el plano de los discursos, en los cánticos y relatos, la masculinidad está asociada a lo activo y lo femenino a lo pasivo. Activo y pasivo refiere a los roles sexuales.

Un verdadero hombre, un macho, según la concepción nativa, es quien “le rompe el culo al rival”. Por eso los hinchas cantan: “le vamos a romper el culo” o “chupanos bien la pija”. Puto, entonces, es aquel que es poseído o dominado en esta relación. Badinter (1994) indica que ser hombre pasa por no ser femenino, no ser homosexual, no ser dócil ni sumiso. Para los hinchas ser hombre, un macho, tiene los mismos sentidos. Aún más, puede ser homosexual pero en la relación debe tener el papel activo, ser el dominador. Para Badinter:

(...) la identidad masculina se asocia al hecho de poseer, tomar, penetrar, dominar y afirmarse si es necesario por la fuerza. La identidad femenina, al hecho de ser poseída, dócil, pasiva, sumisa (1994: 165).

Como afirma Segato (2003), en la actualidad en nuestra sociedad existe una matriz

⁷ Marvin Harris (1986) manifestó que las prácticas homosexuales son en otras sociedades válidas y corrientes. Los hombres de la antigua Grecia tenían relaciones homosexuales pero no por eso eran considerados afeminados, por el contrario se pensaba que era algo viril. Existía, igual que entre los Azande, una “homosexualidad suplementaria”. La homosexualidad Azande era una forma de relación jerárquica entre hombres adultos y jóvenes (eran muchachos-esposas) donde el adulto satisfacía sus necesidades sexuales al mismo tiempo que enseñaba técnicas militares. En algún momento los adultos se harían de los recursos para “comprar una novia” y abandonarían al joven varón por una mujer con la que tendrían muchos hijos. Entonces, los jóvenes tomarían su lugar, tomando a otro joven como aprendiz y compañero sexual. Marvin Harris (1986) menciona que, así como los antiguos griegos y los Azande, son muchas las sociedades que tienen prácticas homosexuales y que estas son legítimas. En la sociedad occidental existe una aversión a la homosexualidad, pero como veremos mucha de esta aversión no tiene que ver con la relación sino con los roles que cada uno toma en la relación.

cultural que subordina a lo femenino; en este espacio subordinado se encuentran los putos, exponentes masculinos de los atributos femeninos o de la carencia de los masculinos.

La diferenciación entre machos y putos pone en juego prácticas y discursos que buscan la distinción. Al mismo tiempo, pone en escena el lenguaje de la subordinación. El macho es así porque puede en un enfrentamiento robar los atributos masculinos a sus rivales; el dominio se expresa en una retórica de lucha corporal. Esta retórica envía un mensaje más allá del universo masculino: si puede dominar a los hombres, también puede hacerlo con las mujeres. La dimensión simbólica de la violencia estructura la subordinación de todos los otros, organizando una estructura jerárquica simbólica (Segato 2003).

Distinciones

El aguante es una forma típica de honor, ya que valora comportamientos y propiedades determinadas como honorables y desestima las deshonrosas. En cada sociedad, en cada momento dado, el honor toma aspectos distintos en relación con las formas de vida y el sistema intelectual de cada cultura, que permite expresar la aprobación y la desaprobación de conductas y formas de pensar (Pitt-Rivers 1980). Las barras (re)conocen y valoran positivamente como hinchas honorables a los que saben defender los colores del club “poniendo el pecho” en los combates. Para los integrantes de la barra, el aguante es el más importante de los bienes simbólicos que conforman su identidad. Éste sólo puede ser adquirido a partir de la acción violenta, y no existe otra forma de probar su posesión (Alabarces 2004). Observamos que existen prácticas que están prohibidas o parecen ambiguas, pero siempre es la acción violenta la que define la posesión de este bien simbólico. La fidelidad y el fervor son dos importantes atributos que los hinchas disputan en el duelo frente a los hinchas rivales, pero esto no garantiza la posesión del aguante para los miembros de la barra.

Los hinchas militantes defienden otras prácticas de valor y reconocimiento. Los simpatizantes que asisten incondicionalmente a los partidos del equipo y alientan sin importar los resultados ni el presente futbolístico del team, son desde su perspectiva honorables poseedores del capital. Claramente, para los hinchas militantes la violencia

no pertenece a la dimensión del aguante, la que sólo transita por las sendas de la fidelidad y el fervor:

Cuando experimentan la violencia, se colocan en posición pasiva, como víctimas de un juego que no pueden dominar y que tampoco desean jugar (...) los hinchas se entienden compartiendo con aquellos que señalan como “violentos” (se trate de barras o de grupos de acción) la defensa común de un espacio (la tribuna y el barrio), una identidad (el equipo), una práctica (la hinchada de fútbol). Pero por otra parte (...) no vacilan en señalar a “los violentos”, “ellos”, “los negros que están locos” (Alabarces et al 2000: 220).

Los combates funcionan como instancias de apreciación y evaluación de los hinchas, que tratan de cumplir con las expectativas colectivas. El acercamiento o alejamiento de los comportamientos respecto a un valor social establecido como lo correcto conduce a un tratamiento específico: prestigio del reconocido y humillación del excluido. En este contexto, las peleas afirman los valores que fundamentan la existencia misma del grupo y aseguran su conservación. “Plantarse”, “agarrarse a piñas”, “ir al frente”, “pararse de manos” son acciones que resaltan los aspectos positivos de los luchadores que confirmar su permanencia en el grupo. La exposición del aguante les permite a los hinchas confirmar su permanencia dentro de la barra y consolidarse como verdaderos hombres (Garriga Zucal 2001) y como hombres con honor (Moreira 2001). La tendencia a la lucha y la participación voluntaria de los luchadores permite marcar la distinción entre los hinchas que pertenecen a la barra y los hinchas militantes del mismo equipo, que se alejan de este tipo de conflicto.

El espacio social que ocupan y construyen los hinchas militantes no es el mismo que el de la barra. La violencia como elemento diferenciador ubica a unos actores trasgrediendo los límites de la legalidad. Los hinchas militantes, mientras tanto, no cruzan los mismos límites. Puede suceder que participen aisladamente en algunos enfrentamientos, pero no hacen de la violencia su señal distintiva, ni mucho menos hacen pública la valoración positiva para con esta, como lo hacen rotundamente los miembros de las barras. Algunos dicen:

si yo ando con ellos, me la voy a tener que aguantar, si anduviera en esa no me importa, nosotros estuvimos un montón de veces cuando había tiros

[disparos de armas de fuego]. Lo que pasa que yo quiero ir y ver el partido. Pero no ir y arriesgarme, vivir arriesgándome.

La persona que encarna exitosamente los ideales de la barra se hace acreedora de una recompensa moral que se traduce en términos de prestigio, fama, reputación u honor. Los depositarios y garantes del sistema de valores y los que mejor interpretan el rol de hombres con aguante son los líderes del grupo. Los jefes han acumulado prestigio como buenos luchadores gracias a los enfrentamientos pasados, han demostrado regularmente que saben y se atreven valientemente a pelear⁸.

La tendencia al agonismo y la participación voluntaria y conciente de los hinchas en los combates marca una distinción entre los sectores de espectadores que piensan y actúan el aguante de maneras diferentes. Así, en el campo de las hinchadas coexisten fuerzas antagónicas (las barras de fútbol opuestas entre sí) relacionadas por un fuerte principio de enemistad, y fuerzas unidas por un sentimiento común (la barra y los hinchas militantes) que se distinguen por la forma de vivir y pensar el aguante. En este contexto, la relación que establecen las barras rivales denota un claro distanciamiento y oposición social. Éstas se perciben no sólo como bandos separados y diferentes sino también como bandos opuestos y hostiles. La disputa contra la barra rival se transforma en algo más que una competencia gestual, visual, corporal dada desde las tribunas; toma la forma de un juego agonístico que tiende a la supresión y sumisión de los otros a través de la violencia física.

Violencias

La violencia es un concepto analítico que permite definir e investigar fenómenos sociales. Sin embargo, el mismo concepto es utilizado por el sentido común hegemónico valorizando de forma negativa y animalizando los sentidos sociales de las prácticas violentas. Si nos ubicamos en esta concepción, el análisis resulta inútil ya que no encontraríamos razones sociales donde priman la locura y la sinrazón. Por otra parte, la violencia es un concepto complejo y huidizo, que parece tener tantas definiciones como

⁸ En otros trabajos estudiamos cómo se construye el poder de los líderes de la barra a partir de la ejecución del rol de distribuidores de bienes y buenos luchadores. Ver especialmente Alabarces et al., 2005.

actores. La mayor parte de los investigadores que abordan el tema concuerda en que no existe una definición universal de violencia, sino que deben buscarse en cada sociedad y en un tiempo determinado los parámetros que la definen. Lo concebido como violencia es parte de un debate que atañe a cada cultura, donde las partes que discuten los sentidos de la misma no sólo tienen posiciones asimétricas de poder sino que presentan posturas contradictorias, inconclusas y confusas.

La violencia no es un término nativo de los miembros de una barra de fútbol. Ellos califican a sus prácticas como “combates” o peleas. Nunca mencionan que participan de “hechos violentos” ni, menos aún, que son actores “violentos”, sino que afirman ser sujetos con aguante. Sin embargo, los actores saben que con estas categorías son catalogadas sus prácticas. Es así que “los violentos”, identificados externamente de esa manera, conocen la representación estigmatizada que sobre ellos recae y en muchos casos juegan a dar un valor positivo a varias de sus acciones que para una buena parte de la sociedad poseen aspectos negativos. Las acciones violentas son marcas distintivas externa e internamente: mientras que para unos es señal de irracionalidad y salvajismo, desde una concepción interna son signos de pertenencia grupal, vinculados al honor.

Hacer visibles las acciones violentas, mostrarse como participantes de este tipo de accionar, es para los hinchas exhibir el capital aguante⁹, principal fuente de estatus y orgullo. Ahora bien, la falta de institucionalización del capital requiere que la validez del mismo se ajuste a su exhibición¹⁰. “La muestra”, como llama Bourdieu (1991) al ejercicio de exhibición de los mecanismos de diferenciación, sólo puede obviarse cuando el capital está plenamente institucionalizado, oficializado. Darlo a conocer es una forma de reconocerlo. “A las piñas”, “a los tiros” o a “los piedrazos” son las formas que tienen los hinchas de mostrar lo que los distingue. En varias oportunidades, la posesión del capital debe remitir a experiencias anteriores, que cobran materialidad a través de relatos que van acompañados de formas corporales, gestos y maneras de

⁹ Teniendo en cuenta que “el capital simbólico es cualquier propiedad (cualquier tipo de capital, físico, económico, cultural, social) cuando es percibido por agentes sociales cuyas categorías de percepción son de tal naturaleza que les permiten conocerla (distinguirlo) y reconocerla, conferirle algún valor” (Bourdieu; 1997: 151).

¹⁰ Hay acciones que deben ser ocultas o silenciadas, hechos sobre los que cae un manto de silencio debido a que son sancionados por la justicia. Los hinchas rememoran sus combates pero evitan, cuando hablan con un foráneo, mencionar datos sobre episodios graves. El informante puede relatar un hecho pero evitar dar nombres y detalles de lo acontecido. Existe un principio fuertemente arraigado en los integrantes de estos grupos, la denominada “ley del silencio”, que se materializa en dichos tales como: “las cosas de la hinchada quedan en la hinchada”.

hablar (tonos y frases). Todos estos elementos tienen como propósito exhibir las señales de un pasado que los incluye como protagonistas. El recuerdo de incidentes, de enfrentamientos, con la policía o con barras rivales es parte de los discursos de los hinchas. Las experiencias de los combates pasados emergen también en los cánticos y en las marcas corporales.

Las cicatrices y marcas en el cuerpo testimonian la participación en los episodios avalando los relatos donde los hinchas narran su performance en la lucha. Las cicatrices son la prueba material de la veracidad de los relatos. Mostrar las heridas producto del enfrentamiento es prueba irrefutable de su participación en hechos que los enorgullecen¹¹. Para mostrarse poseedores deben exhibirse practicantes de estas acciones, porque la posesión es real sólo cuando es práctica y no simbólica (Alabarces 2004). Aquellos que poseen una posición corporal y gestos intimidantes o formas de hablar amenazantes pero que nunca han sido parte de una lucha o enfrentamiento son considerados por sus compañeros como falsos o “chamuyeros”.

Cualquier sujeto social no puede elegir estas señales: sólo aquellos que tengan un habitus que configure un sistema de clasificación que valide como positivas las prácticas que los definen. El habitus es “ese principio generador y unificador que retraduce las características intrínsecas y relacionales de una posición en un estilo de vida unitario, es decir un conjunto unitario de elección de personas, de bienes y de prácticas” (Bourdieu, 1997: 19). La estrategia de estos actores es hacer de una característica de su habitus una marca que los diferencie e identifique. El sentido del juego que lleva a “elegir el mejor partido posible” (Bourdieu 1988) nos permite comprender los fundamentos que tiene el hacer de estas cualidades señales identitarias.

Identificarse con prácticas estigmatizadas, conociendo la condena que sobre éstas recae, es una operación que lleva al extremo el ejercicio de la identificación y diferenciación. Las personas que participan en las barras saben que sus prácticas son señaladas como violentas y que esa señal conlleva menosprecio, discriminación y persecución. Sin embargo, eligen¹² esas señales como parte de una identidad que hacen

¹¹ Denise Fagundes Jardim (1993) analiza la importancia de las cicatrices como prueba material de las historias heroicas. Las marcas en el cuerpo son signos que recuerdan el lugar que ocupan los sujetos dentro de un orden social. La memoria y los recuerdos tienen su potencialidad limitada, ya que los actores instauran una diferencia entre discurso y práctica que tiene como sentido reafirmar el valor legítimo de la última.

¹² Garriga (2005) discute si la elección de estas señales es parte de una relación de dominación que señala,

pública en prácticas y discursos.

Así, diferenciarse tiene aspectos positivos y negativos. Del lado de estos últimos, se enumeran la persecución policial y judicial, la condena del sentido común y de los medios masivos de comunicación (“los inadaptados de siempre”, “las bestias”). Los privilegios atesoran dos dimensiones, una ligada a pertenecer a un grupo de pares, a un sistema complejo de honra ligado a la violencia, a la solidaridad de los compañeros y, por otro lado, a la visibilidad que adquieren estas prácticas que, aunque de forma condenatoria, ganan pantalla y páginas mostrando las formas del estilo que los distingue.

Toda identidad es relacional; necesita de una otredad para definir el “nosotros”. Esta definición es posible sólo a través de los mecanismos de distinción, de la muestra y exhibición del aguante. Las estrategias de distinción son contextuales y relacionales. Según cada contexto determinado y cada tipo de relación social se utilizan distintos mecanismos de diferenciación. En algunos casos es necesario “cagarse a piñas” y en otros sólo es preciso cantar una canción o relatar una pelea. Pero las herramientas de distinción también son diferentes según los contextos y las situaciones específicas. Por ello, a veces puede terminar “a las piñas” una relación social con alguien que no pertenece al grupo o, por el contrario, una discusión entre pares o una posible pelea con la hinchada rival puede ser sorteada.

Varios investigadores han mencionado y enfatizado que la violencia, como acción social, posee una dimensión que tiene como objeto comunicar alguna característica elegida por sus practicantes (Riches 1988; Segato 2003). La función expresiva de la práctica violenta puede tener como fin ubicar al actor violento en una posición determinada en una estructura de poder, señalar la pertenencia a un universo determinado de género (en referencia a la violencia masculina perpetrada contra mujeres) o marcar la pertenencia a una subcultura. En este caso, en concordancia con algunos puntos señalados por la escuela de Chicago, hace ya mucho tiempo y con otro referente empírico, las prácticas de los hinchas tienen como objeto mostrar la participación de un particular mundo moral.

Pero además, y este es un punto central, exhibir la potencialidad y la práctica

a manera de profecías autocumplidas, sujetos para criminalizar, o si existe un margen de autonomía que permite a los actores construir a la violencia como señal de un estilo que los distingue e identifica; en este debate nos inclinamos por la segunda postura.

violenta tiene como objetivo expresar la pertenencia al grupo de los violentos y por lo tanto diferenciarse. Los hinchas distinguen y confieren un valor relevante a aquellos que demuestran aguante. Pimenta (2003) en su investigación sobre torcidas organizadas de São Paulo (Brasil), señala que la violencia es el elemento aglutinador del grupo:

A idéia, a partir da sistematização de dados empíricos, é entender a violência pela via do esvaziamento do sujeito social que, diminuído de sua capacidade de filtragem, constrói a identidades e as identificações, tendo a violência como elemento estruturante (2003: 42).

Así como la violencia para las torcidas paulistas, el aguante es la práctica identitaria que aglutina a los participantes de la barra, que los forja como pares, los agrupa y los distingue. El aguante define un modelo ideal que distingue poseedores y desposeídos; a los poseedores se los recubre de prestigio y honra y para los desposeídos sólo queda la deshonra y la exclusión. Pimenta interpreta que “As relações no interior das ‘organizadas’ são estruturadas em laços amalgamados no prazer de atos de violência e agressividade” (2003: 46). Aquellos que quieran participar de la barra deben compartir formas de ser y de hacer respecto a la violencia: deben compartir el ethos del aguante. Lo compartido y distintivo genera fuertes sentimientos de pertenencia.

Mignon (1992) explica el fenómeno de la violencia en el fútbol afirmando que estas acciones tienen como meta la aparición pública y mediática de los jóvenes de las clases populares, quienes excluidos de toda participación social hacen de la violencia en los estadios su carta de presentación en la sociedad. Esta idea tiene puntos de conexión con la propuesta que aquí estamos presentando. Sin embargo, no concebimos que la violencia tenga como objetivo final la aparición en los medios de comunicación ni la búsqueda de visibilidad *per se*, sino que los hinchas utilizan ésta como herramienta de posicionamiento identitario (Garriga 2005).

En un trabajo anterior (Alabarces et al 2000) propusimos que el hacerse visible estaba relacionado con la competencia por el aguante entre las hinchadas. Los grupos violentos compiten entre sí por el bien simbólico aguante; las hinchadas rivalizan por su posición en un ranking imaginario¹³. De esta forma, exhibirse como aguantadores es

¹³ Un ranking no demasiado imaginario, ya que la mayor parte de los hinchas esbozan rápidamente un orden jerárquico de las hinchadas según su aguante. Este ranking sumamente dinámico muestra el conocimiento que de los rivales directos e indirectos tienen los hinchas. Todos colaboran en el armado de una lista que señala la peligrosidad de hinchadas de las distintas divisiones de fútbol. Cuando se produce

posicionarse en la disputa con los otros participantes, aunque este se valga de los medios de comunicación. Ahora redoblamos la apuesta: entendemos que la aparición mediática y/o la decisión de hacer visible estas características morales y estéticas es, también, una distinción ante las alteridades no aguantadoras. Exhibir su aguante los distingue de aquellos “otros” que no hacen de la violencia un mecanismo identitario. Un “nosotros” violento, o aguantador, contrapuesto a un “otro” no violento, o no aguantador; es decir, una distinción moral de los sectores que eligen a la violencia como moneda de identificación.

Pero es necesario mostrar que esta distinción no conduce a la exclusión de los aguantadores de las relaciones sociales; por el contrario, el aguante funciona como constructor de las mismas. A través de la constitución de la identidad aguantadora los hinchas se ubican exitosamente dentro de redes de relaciones con otros actores sociales del campo del fútbol y de campos afines.

Red de relaciones

Lomnitz (1975) sostiene que los vecinos de la barriada que ella investigaba decían que para tener amigos había que beber. Consumir alcohol, excederse, hace amigos: “guates”. Ser parte de un grupo de “guates” es ser parte de una red de solidaridad. Por su parte, Álvarez (2004) analiza cómo entre los campesinos de un pequeño poblado de Colombia beber alcohol con amigos es una forma de crear lazos de solidaridad. La bebida y las peleas conforman las dos caras de la misma moneda, son formas de delimitar la pertenencia a un grupo. Un plusvalor simbólico que genera relaciones personales. De la misma forma, Wacquant (2004), en su etnografía sobre los boxeadores, analiza cómo los saberes y resistencias corporales del púgil se conforman en verdaderos capitales sociales; saberes que establecen una serie de relaciones personales específicas, por ejemplo en la elección del compañero de sparring.

En este trabajo ya señalamos que el aguante también conduce a formar una comunidad de pertenencia. Si bien Wacquant (2004) prioriza el análisis de las relaciones dentro del grupo de boxeadores, deja entrever un aspecto que nos interesa. Los boxeadores, por sus conocimientos, establecen relaciones laborales con agentes sociales

un enfrentamiento en el mundillo de las hinchadas, rápidamente todos los protagonistas se enteran.

que los contratan para su seguridad. Asimismo, los hinchas establecen vínculos más allá de los límites de su propio grupo exponiendo la posesión del capital que los distingue: el aguante.

Tener aguante, ser reconocidos como aguantadores y respetados por esta posesión, incluye a los hinchas en una red de relaciones sociales con actores que están por fuera del grupo. Ser miembro de la barra brinda a sus integrantes la capacidad de “abrir puertas”. Un “contacto”, un “conocido”, una “línea” son las formas nativas para referirse a las interacciones. La pertenencia a la hinchada es una manera de volverse conocido y (re)conocido. Algunos dicen: “ser de la hinchada te da un montón de contactos”. Contactos, intercambios, interacciones, que parecen temporales, pueden transformarse en vínculos duraderos que generan lazos recíprocos que van más allá de los acontecimientos puntuales.

Si bien, a simple vista, parece que el aguante los aísla y margina de las interacciones con otros actores sociales, en nuestras investigaciones descubrimos que estos hinchas poseen un importante número de relaciones con personas que no conciben a la violencia de la misma forma. Estos hinchas interactúan con una variada gama de actores sociales: dirigentes de club, dirigentes políticos, sindicalistas, jugadores y cuerpo técnico, policías, vecinos, simpatizantes del club y organizaciones delictivas de distinta índole. Establecen entre ellos interacciones que conforman una red. En esta red existen interacciones que son intercambios recíprocos sustentados sobre obligaciones sancionadas por la moral, algunos posibles de definir como equilibrados, otros como generalizados y otros que quedan a mitad de camino entre estas definiciones.

Por otra parte, las relaciones entre los actores no son necesariamente armónicas, pueden estar cargadas de tensión y ambigüedades de acuerdo a los contextos y situaciones sociales particulares. Si bien los dirigentes de los clubes critican a los líderes de la barra por solicitar entradas gratis para los partidos y dinero para viajar a los estadios visitantes a través de “aprietes” o amenazas, éstos en ocasiones son invitados para participar de los actos políticos y de los procesos electorales en la institución. Así, durante los períodos de campaña electoral en los clubes puede verse a los hinchas con más aguante entre candidatos y dirigentes oficiando de personal de seguridad. Los hinchas, por su parte, saben que su aguante es el que les permite establecer contactos y conocidos. Estas relaciones pueden extenderse más allá del campo del fútbol. Así, un

hinja que comenzó como guardaespaldas de un dirigente en el club puede pasar a cumplir la misma tarea en un sindicato o en una empresa donde trabaja el mismo dirigente. Esta situación particular está vinculada, a su vez, con los diferentes roles que cumplen ciertos actores que transitan por ámbitos afines: dirigentes deportivos que son dirigentes de la política local, provincial o nacional; o dirigentes que son empresarios o profesionales reconocidos; dirigentes que son sindicalistas, etc. También es usual que los integrantes de la barra sean convocados por políticos de agrupaciones o partidos de trascendencia provincial o nacional para que realicen, en el marco del tiempo de la política electoral, tareas de campaña, como las pintadas callejeras en diferentes sectores de la ciudad.

Puede suceder al mismo tiempo que algunos integrantes de la barra sean contratados en los propios clubes como empleados en distintas áreas de actividades en la sede social o en el estadio. Esta posición, además, les permite establecer nuevas relaciones con otros actores. El análisis de las relaciones personales de un hincha puede servir de muestra para señalar la extensión de la red de relaciones que puede establecer. Éste, que llamamos Coco, puede tener relaciones con un dirigente, vecinos, con algunos policías. Centradas en un ego, se potencian con otras relaciones con gente que Coco no conoce o que conoce por intermedio de otros. Aquí la red supera a ego: las relaciones de Coco generan otras relaciones. Por ejemplo, un vecino que le presenta a un amigo que trabaja en la dirección de tránsito que ante una ayuda económica elimina las multas de cualquier vehículo. O la posibilidad que tiene de obtener una vacante en el centro educativo del club para que estudien sus hijos a través del favor de un dirigente.

La relación existente entre ambas partes, es decir, entre los hinchas y los distintos actores con los que van estableciendo relaciones, ya sea políticos, vecinos, comerciantes, son relaciones de interdependencia. La concepción de interdependencia de Elías (1982) hace hincapié en las relaciones entre las partes más que en la asimetría de poder, ya que supone que la intensidad de las dependencias mutuas genera una dinámica propia que supera las asimetrías de poder, que puede legitimarlas o deslegitimarlas según el carácter de las relaciones. Para analizar la acción se debe reconocer el mapa de las interacciones, de las dependencias individuales; no pensar a un hombre individual absolutamente independiente, sino una multiplicidad de hombres interdependientes que forman una realidad específica.

Conclusión

Hemos mostrado que la violencia como señal que distingue a los miembros de una hinchada permite establecer relaciones personales por fuera de su grupo. Mostramos no sólo que actores ubicados en distintos estamentos de la sociedad se relacionan entre sí sino también que existe una dependencia mutua entre las partes que se vinculan. Los hinchas necesitan algunas cosas de los dirigentes y los dirigentes de los hinchas. Esto sucede con todas las relaciones de intercambio que se establecen. Esto no significa que las relaciones sean armónicas sino que se relacionan porque precisan del otro. Los vínculos son conflictivos y complejos, pero estables en tanto las partes se necesiten.

En distintas dimensiones y según diversas estrategias la hinchada se vuelve un actor social importante en la producción de distintos servicios por su aguante: como seguridad, protección, apoyo político, etc. Abren, por lo tanto, un amplio abanico posible de relaciones personales con “otros” sociales que están por fuera de los límites grupales. Además, la dimensión de poder de la relación personal que vincula a hinchas con otros actores sociales no es estática. En una relación personal, el poder no está siempre de un mismo lado; el intercambio de favores, la construcción de deudas hace que el poder fluctué.

La conducta violenta convertida en capital simbólico es, entonces, un nexo con otros actores sociales (ubicados en lugares diversos y distantes del mapa social) que no poseen este capital, pero que al darle validez lo intercambian por otros que ellos sí poseen. Así, campos que parecen sin vínculos ni relaciones están conectados e interconectados. En estas páginas señalamos las múltiples relaciones que poseen los miembros de una hinchada con una gama de “otros sociales”. Para los integrantes de la hinchada, el aguante es una práctica que se constituyen como un esquema de clasificación, como un conjunto de prácticas legítimas. El aguante es el capital de un campo, que entra en interacciones con otros campos regidos por otras propiedades. Por ello, el foco se pone en las homologaciones del capital simbólico violencia con otros capitales, económicos y sociales, ampliando el mapa de las interacciones más allá de los próximos en cuadrante y habitus.

Las relaciones que establecen los hinchas a partir de demostrar su aguante son

conexiones que no sólo solucionan problemas de la vida cotidiana (como llevar los hijos al colegio o conseguir medicamentos) sino que muchas veces los incluyen en redes formales laborales e institucionales. Y estas relaciones no son sólo entre pares¹⁴.

Los miembros de la hinchada juegan el mejor juego que pueden jugar con una particularidad que los define: la “práctica violenta”. El mejor juego no es sólo establecer relaciones personales a través de esta señal distintiva, relaciones que en muchos casos aseguran las facetas materiales de la vida cotidiana, sino desplegar un conjunto de herramientas que construyan un espacio propicio para visibilizar estas acciones. Hacer que una pequeña particularidad de su habitus se potencie de tal modo que permita convertirse en un bien intercambiado con actores sociales que no lo construyen como distintivo, es parte de este juego. Juego que reconoce espacios sociales y su reproducción.

La legitimidad de estas prácticas es válida sólo para sus actores, no siendo compartida por otros agentes sociales. Entre la legitimidad grupal y la ilegitimidad social se encuentran los valores del grupo. Aún más complejo es el hecho de que los hinchas conocen perfectamente los valores que la sociedad tiene sobre sus prácticas, pero igualmente le siguen otorgando valores positivos.

Es aquí que la legitimidad y la legalidad toman caminos diferentes y diferenciados. Las prácticas de los integrantes de la hinchada son perseguidas y reprimidas por las fuerzas de seguridad y el discurso estatal. Kessler (2002) menciona que entre los jóvenes delincuentes existe una tensión entre la legitimidad y la legalidad producto de la confrontación entre dos lógicas distintas. La lógica grupal está aquí en tensión con la judicial y estatal. Los integrantes de la hinchada entran en conflicto con estos sectores al darle valor positivo a las prácticas violentas; a pesar de ser deslegitimadas sus prácticas por las políticas del poder, siguen siendo válidas para el grupo. Son los valores de la comunidad los que definen la legitimidad. Y la legitimidad entra en crisis con un grupo que no tiene del todo claro los límites de lo legal y lo ilegal; o que tal vez, poco le importan esos límites en relación con sus valores grupales.

¹⁴ Sin duda, estamos ante la presencia de lazos sociales que enmarcan relaciones personales entre hinchas y otros sociales; ahora bien, deberíamos profundizar el planteo y afirmar que estos lazos no son suficientes para superar la situación social en la que viven estos hinchas. Los miembros de la hinchada, excepto excepciones, no ascienden de clase social gracias a estas relaciones. Sólo reproducen y preservan su lugar en la estructura social, lo que en una situación de inestabilidad y crisis no es poco.

Pero los valores de esta comunidad no están escindidos de los valores de la sociedad más amplia. Y ese aquí donde debemos encontrar el principio de legitimidad de la violencia. Como mencionaba Álvarez (2004) para explicar la legitimidad de las acciones violentas de los narcotraficantes y de la guerrilla:

(...) reconociendo que gran parte de las acciones de los diferentes actores sociales son socialmente aceptadas, encuentro que las acciones de la guerrilla y de los narcos aparecen claramente legitimizadas por los miembros de la comunidad. Esta legitimación sería impensable si algunos de los valores de la comunidad no coincidieran con los valores de estos dos actores sociales. (2004-197).

Son los valores de la sociedad más amplia los que hacen posible, en algún sentido, la positividad de la violencia entre la comunidad de la hinchada. De hecho, los hinchas no son el único grupo social que tiene esta postura; tal vez, son los más radicales en hacerlo público y exhibir la contradicción entre discursos, pero no los únicos.

Álvarez (2004) denomina “cultura de la violencia”, en el caso colombiano, al hecho de que las prácticas violentas confirman un círculo vicioso que reproduce y determina el recrudecimiento de estas acciones definiendo la vida de la comunidad y sus habitantes. En el ámbito del fútbol, la “cultura de la violencia”, o mejor dicho “la cultura del aguante” –sólo nos referimos aquí a la manifestación violenta del mismo– se reproduce y se acrecienta en función del prestigio y respeto que ganan sus participantes a través de estas acciones. Un círculo que se alimenta, además, por el apoyo silencioso de aquellos que condenan sus prácticas violentas; porque ciertos funcionarios, políticos y sindicalistas, que sancionan y denuncian públicamente la violencia de las barras, son los mismos que contratan a los más prestigiosos y respetados entre las hinchadas para realizar trabajos de campaña o seguridad. En este contexto, la violencia de la barra, que es la parte más visible y escandalosa del espectáculo deportivo, es también el producto emergente de un conjunto de relaciones. La violencia, más que una anomalía, es un fenómeno que encuentra contextual y situacionalmente apoyo de parte de otros actores de la sociedad.

La pregunta es entonces por qué el prestigio y el respeto está en estas comunidades de hinchas asociados a la acción violenta. No podemos dejar de pensar que la aparición de estas pautas culturales tiene una relación con las condiciones estructurales económicas de la sociedad, como la pobreza, la marginación, la indigencia, la

inestabilidad laboral, la precariedad, etc. Consideramos que existe una relación entre estos modelos culturales y condiciones estructurales, pero sugerimos que esta relación no es directa. Kessler (2002) analizando la relación entre condiciones sociales más amplias y las nuevas formas de delito de los jóvenes, dice que no solo tiene que ver con la crisis del trabajo, especialmente su inestabilidad y la desigualdad en la distribución del producto bruto, sino que la aparición de estas nuevas modalidades es producto de un fenómeno multicausal. Las privaciones económicas se conjugan con factores locales que producen el aumento de estos fenómenos.

Dos puntos surgen aquí. El primero, que la hinchada está constituida principalmente por miembros de los sectores más relegados de la sociedad, pero también hay actores de los estratos medios. La “cultura del aguante” no es específica de los sectores populares. Ni todos los que participan de la hinchada son pobres y desempleados, ni todos aquellos “olvidados” por el sistema que visitan los estadios se suman a la hinchada. De esta forma, a través de los datos de campo evitamos aumentar la “sospecha” que siempre recae sobre las clases populares como las violentas, producto de una “natural” y presunta “incivilización”. El segundo punto es que se aprecia un escenario complejo donde no existe una relación directa entre pautas culturales y variables económicas.

Sin embargo, el abandono del Estado de sus mínimas obligaciones para con sus ciudadanos promueven el mantenimiento de una ideología guerrera, dado que los integrantes de la hinchada pueden y deben subsistir y (re)producir su espacio en la sociedad de esta forma.

Como afirma Riches (1988) respecto a la relación entre estructura social y formas culturales de la violencia:

...Obviamente, todas esas variables socioculturales son pertinentes en cierto grado en todas las sociedades, ya que pueden agravar o disminuir la probabilidad de que surja la violencia en una situación social concreta. Pero, en cualquier caso, la relación entre estructura social y la violencia es la de *influencia* y la de *oportunidad*. No se insinúa que la estructura social *force* a la violencia; existen siempre líneas alternativas de acción. (1988: 36).

En los intersticios de un Estado escuálido y debilitado, en una crisis ahondada por los graves problemas que afectan al mundo del trabajo y a otras instituciones sociales, “la cultura del aguante” surge como *oportunidad*. Los integrantes de las hinchadas han

legitimado sus valores, construyen una cultura del aguante que estima el coraje y la bravura en el enfrentamiento físico; asignan una positividad que atraviesa el pequeño círculo de sus adeptos y se convierte en herramienta de interacción con agentes sociales que están ubicados fuera de esos límites.

Bibliografía citada:

Alabarces, Pablo. *Crónicas del aguante: Fútbol, violencia y política*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2004.

Alabarces, Pablo, COELHO Ramiro, et al. “Aguante y represión: Fútbol, violencia y política en la Argentina. In: Alabarces, P. (org) *Peligro de gol: estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO-ASDI, 2000. p. 211-230.

Álvarez, Santiago. *Leviatán y sus lobos: Violencia y poder en una comunidad de los Andes colombianos*. Buenos Aires: Antropofagia, 2004.

Archetti, Eduardo. *Fútbol y ethos*. Buenos Aires: FLACSO-Series de investigación, 1985.

Archetti, Eduardo. *Masculinidades: Fútbol, tango y polo en la Argentina*. Buenos Aires: Antropofagia, 2003.

Badinter, Elizabeth. *XY La Identidad Masculina*. Barcelona: Norma, 1994.

Bourdieu, Pierre. *Cosas Dichas*. Buenos Aires: Gedisa, 1988.

Bourdieu, Pierre. *El sentido práctico*. Madrid: Taurus, 1991.

Bourdieu, Pierre. *Razones prácticas*. Barcelona: Anagrama, 1997.

Elias, Norbert. *La sociedad cortesana*. México: Fondo de Cultura Económico, 1982.

Garriga Zucal, José. *El aguante: Prácticas Violentas e identidades de Género Masculino en un grupo de simpatizantes del fútbol Argentino*. Tesis de Licenciatura en Antropología Social, Universidad de Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, 2001.

Garriga Zucal, José. “Soy macho porque me la aguanto: Etnografías de las prácticas violentas y la conformación de las identidades de género masculinas”. In: Alabarces, Pablo et al (comp.). *Hinchadas*. Buenos Aires: Prometeo, 2005. p. 39-57.

Garriga Zucal, José y Moreira, María Verónica. “El aguante: Hinchadas de fútbol

entre la pasión y la violencia”. In Míguez, Daniel y Semán, P. (eds). *Entre santos, cumbias y piquetes: Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Biblos, 2006. p. 55-73.

Harris, Marvin. *La cultura norteamericana contemporánea: Una visión antropológica*. Madrid: Alianza Editorial, 1986.

Jardim, Danise. “Performances, reprodução e produção dos corpos masculinos”. In Fachel Leal, O. (org.). *Corpo e significado: Ensaios de Antropologia Social*. Porto Alegre: Editora da Universidade federal do Rio Grande do Sul, 1993.

Kessler, Gabriel. “De proveedores, amigos vecinos y ‘barderos’: acerca del trabajo, delito y sociabilidad en jóvenes del Gran Buenos Aires”. In Becaria, Luís (comp.): *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90*. Buenos Aires: Biblos, 2002. p. 137-170.

Lomnitz, Larisa. *Como sobreviven los marginados*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1975.

Mignon, Patrick. “La societe francese e il calcio”. In Lanfranchi, Pierre (ed.). *Il calcio e il suo pubblico*. Nápoles, Edizione Scientifiche Italiane, 1992. p. 285-300.

Moreira, María Verónica. *Honor y gloria en el fútbol argentino. El caso del club atlético Independiente*. Tesis de Licenciatura en Antropología Social, Universidad de Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, 2001.

Moreira, Verónica. “Trofeos de guerra y hombres de honor”. In: Alabarces, Pablo et al (comp.). *Hinchadas*. Buenos Aires: Prometeo, 2005. p. 75-90.

Pimenta, Carlos. “La pasión en las gradas: Identidad, fiesta y violencia en el fútbol”. In Alabarces, Pablo (comp.). *Futbologías: Fútbol, Identidad y violencia en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO- ASDI, 2003. p 39-55.

Pitt-Rivers, Julian. *Antropología del honor o política de los sexos*. Barcelona: Editorial Crítica, 1980.

Riches, David. *El fenómeno de la violencia*. Madrid: Ediciones Pirámide, 1988.

Segato, Rita. *Las estructuras elementales de la violencia*. Bernal: Prometeo- Universidad Nacional de Quilmas, 2003.

Wacquant, Loic. *Entre las cuerdas: Cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Madrid: Alianza editorial, 2004.

